

Resistencia y agonía

Para quienes juzgan a la ligera la reciente historia de nuestro teatro independiente, Edicions 62, de Barcelona, acaba de publicar un texto de patético interés. Esto, dicho sea en favor de su valor testimonial, y sin negar con ello su calidad dramática. Se trata de "Memoria general d'activitats", creación colectiva, que resume parte sustancial de la experiencia de El Rogle, uno de los mejores grupos con que contó el teatro valenciano. El texto —de sus intérpretes, Claudi Arenas, Dora y Marilena Casanovas, Alfred Mayordomo, Mercé Trull y Rodolf Sirera, con dramaturgia de este último— nos sitúa ante un grupo de actores en el prólogo de una hipotética representación. A los datos estrictamente realistas se suman otros imaginarios, oníricos, y no por ello menos reveladores. Los autores han imaginado que se trataba de una compañía belga, dispuesta a defender el flamenco de la influencia francófona; alegoría elemental que permite referirse, con ese distanciamiento que recomendó Brecht e impuso tantas veces la censura española, a los problemas de un grupo que trabajó en lengua valenciana.

Naturalmente, este es sólo uno de los trazos del drama, armónicamente ligado a ese núcleo de agonías y frustraciones que constituye su conflicto. El debate sobre la función política del grupo —en el marco preciso de la realidad valenciana—, su tipo de relación con la acción de los partidos clandestinos, las esperanzas y las frustraciones individuales, cuanto pudiera haber de heroísmo y de ingenuidad en cada actor, andan mezclados en la descripción, desde

dentro, de un mundo cercado, a la vez, por la represión oficial —documentos, permisos, amenazas—, la disciplina familiar —"hija mía, todo menos actriz, pues ya se sabe en qué se acaba"—, las duras condiciones de trabajo y la indiferencia de ese sector social a cuyo servicio los miembros del grupo han puesto las mejores horas de su vida. La consecuencia —y ese es el objetivo dramático primordial de la obra que nos ocupa— es una especie de interrogación permanente sobre la utilidad del trabajo, el sentimiento de que el sistema de valores dominantes —a través de sus distintas fuerzas y estamentos, teñidas incluso a veces de "oposición"— ha colocado al grupo en el recipiente cristalino de un entomólogo, como si se tratara de curiosos insectos, muertos y listos para la clasificación cultural. La percepción instintiva de ese cristal, de ese muro que dificulta —por no decir que impide radicalmente— la inserción del grupo en la dinámica social, sería el sentimiento dramático principal, lo que concretaría el conflicto entre el hombre-actor y unas formas socioculturales contra las que se rebela.

En estas mismas páginas, a raíz de su estreno en el Festival de Sitges y en el Saló Diana, de Barcelona, hemos hablado del "Plany per la mort d'Enric Ribera", de Rodolf Sirera. De algún modo, esta "Memoria general d'activitats" es su complemento, o viceversa. Ahí está expresada —como no lo ha hecho el teatro en lengua castellana— la impotencia, la asfixia, y, al mismo tiempo, la voluntad de no dejarse disolver, de un sector ejemplar de intelectuales y gentes de teatro.

Josep Lluís Sirera —hermano de Rodolf y también excelente escritor— resume en el prólogo la pequeña historia de El Rogle,

clarificando aún más —en su sentido existencial y político— el drama. Sin embargo, una pequeña nota epilógica es la que, teniendo en cuenta la calidad y el tema de la obra, presta a ésta su dimensión más dura y exacta: "Memoria general d'activitats" fue estrenada, en el teatro de la Sociedad Coral el Micalet, de Valencia, la noche del 10 de diciembre de 1976, en interpretación, montaje y dirección del grupo El Rogle, de Valencia. Las representaciones hubieron de suspenderse a los ocho días por falta de asistencia de público.

Sin duda, es cierto que en algunos grupos independientes ha prevalecido el espíritu de aventura vital, de simple rebeldía, o de lo que algunos han llamado la "mística de la camioneta". Pero tales calificaciones, en el caso de los grupos más rigurosos, resultan entre injustas e irresponsables. De los años de trabajo, de esfuerzo, de generosidad, de incompreensión —y aun de la dolorosa conciencia de los límites estéticos, nacidos en gran parte de las adversas circunstancias— pasados por nuestros mejores grupos, apenas beneficiados hoy, frente a lo que hubiera sido justo, por la nueva democracia, da fe, en forma de obra teatral, este texto de El Rogle. ■ JOSE MONLEON.

CINE

"Las mil y una noches"

Última de las obras calificadas por Pier Paolo Pasolini como "trilogía de la vida", y su-

perior, a mi juicio, a las dos anteriores: "El Decamerón" y "Los cuentos de Canterbury". Superior, porque en esta película, rodada en 1974 (1), Pasolini consigue ofrecer, con mucha mayor limpieza, con mayor frescura y con mayor imaginación aún, si cabe, lo esencial de su discutido proyecto: recapitular sobre el sentido del sexo en el mundo antiguo, donde no se planteaban ni su represión ni su consiguiente comercialización. Volver a los orígenes, desnudarse de prejuicios y reconsiderar el cuerpo como una fuente de vida y de placer, eran los objetivos precisos, nobles e inteligentes de un director de cine que pasó su vida —desdichadamente truncada— al servicio de una lucha difícil: ir más allá y por caminos que los demás rechazaban. Cuando parecía lógico que en los combates políticos sólo se estudiaran las relaciones económicas entre las clases dominantes y las dominadas, Pasolini, siguiendo precisamente ese combate, pero ante la incompreensión de gran parte de los militantes de izquierda, se orientaba hacia otros aspectos que, en su opinión, no eran menos importantes, sino, por el contrario, causa de muchos de los efectos que ahora se estudian como motores originales. La represión del sexo, y su desarrollo limitado por conceptos burgueses y reaccionarios, permite, conduce y determina en gran parte la situación de esa otra lucha económica. Empezar por liberar el propio cuerpo es una forma eficaz y tajante de conducir la lucha siguiente por liberar y dominar los medios de producción. Discusión que se alargó durante demasiado tiempo y que sólo ahora comienza a entenderse mínimamente, cuando la obra de Pasolini ha quedado interrumpida y puede considerarse ya como algo fríamente analizable. Pero habría que continuar su trabajo, y no precisamente por los caminos de las imitaciones porno con que se ha manchado y boicoteado el trabajo esencial de Pasolini. Muchos decamerones han surgido después del suyo, muchas mil y unas noches y muchos canterburys. Pero todos ellos han pretendido justamente lo que Pasolini combatía: la comercialización de la represión sexual.

Porque si sus películas están impregnadas de una belleza

(1) Su título original es "Las flores de las mil y una noches", y no "Arabian nights", como nos dice la publicidad española.

